

La pancita de Buhofucio

**EVEREST LANDA/
BENJAMÍN GARCÍA**

Raya la luz por entre las nubes matinales. Don Buhofucio ya levanta la cortina de la accesoria, algunas plumas se le sueltan, hace los últimos preparativos (el cilantro, los limones), cuando escucha refunfuñones charcos salpicados. Levanta la mirada por entre los lentes pesados que son sostenidos por el pico. Se trata de Panchita, la gusanita, que se acerca más verde que de costumbre. Por fin se detiene en la entrada, inmóvil mira un salero.

-¿Qué le pasa Panchita?

Pregunta muy tranquilo don Buhofucio. Pero Panchita exhala baba rancia, de la que dejó mientras llegaba. Suelta sus talegas al piso y no contesta. Don Buhofucio no termina de entender. Finalmente contesta Panchita.

-Fuera tamarinda...

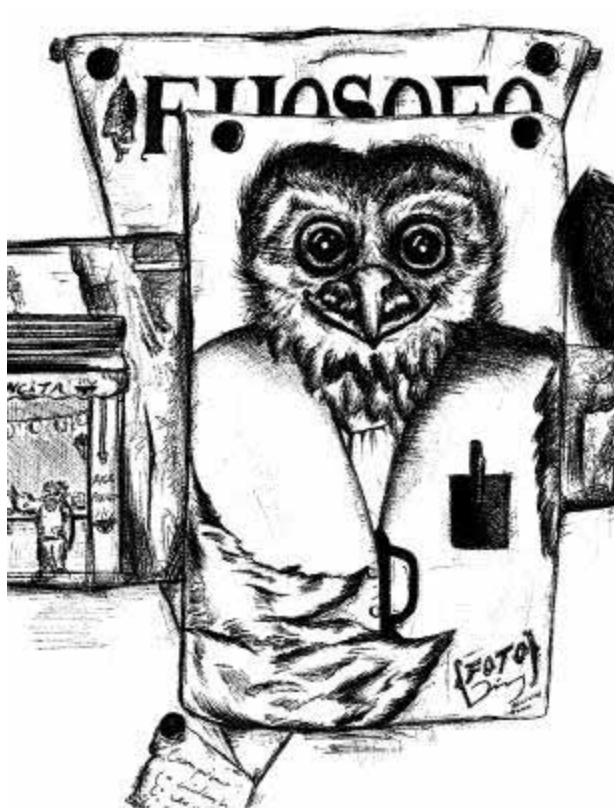
Entonces la baba apestosa le sale nuevamente de los poros posteriores

-¿Cómo dice Panchita, que tiene ganas de ser fruto?

Panchita se mantiene fija en su lugar y sus gusanescos ojos en el salero, a lo que Buhofucio continúa.

-La comprendo. Mire que la renuncia a nuestra naturaleza de "pecado original", a aquello que nos sujeta a la piel, con plumas, escamas, viscosidades...

-N'ombre, don Buhofucio, tamarinda para darle en la madre a los choferes-escarabajos.



Manuel Díaz

Don Buhofucio sirve un plato de la recién hecha pancita y lo pone frente a ella, extiende su ala brindando un asiento.

–Ay gracias don Buhofucio. Pues mire que resulta una reverenda...

–¿Limoncitos?

–Usted disculpe. El muy méndigo salió de la terminal, despacito. Ya luego, se soltó como pedo. Yo venía sumida en el asiento, chorreando de baba a los de atrás, de purititos nervios.

Prueba la pancita. Don Buhofucio acicala su pecho con el pico y se cuelga el delantal al cuello.

–El poder ha de transformarnos, o bien asentarnos la nata animal, Panchita. Los escarabajos en su trono frente al volante se dan a volar por los caminos del bosque, son los “desesperados”, no intentar llegar sino ganar: el pasaje. Resultan una expresión hecha bicho de nuestra urgencia por andar.

–¿Quiere decir que están bien don Buhofucio?

–Quiero decir que así son.

–Son unos jijos de la chingada.

–¿Traía hambre, otro plato?

–No gracias don Buhofucio, mejor le corro por que me están esperando mis larvas para desayunar.

Se levanta, paga y corre Panchita tropezando en su prisa con Camilo, el ardillo.

Pasa la tarde, el sol enrojece como si se hallase apenado, tal vez porque la luna ya no demora en arribar. Por ahí pasa también la cigarra trastabillando; de cuando en cuando tenía espasmos y agitaba sus alas en una temblorina demente.

–Una birria picosa picosa, Don Buhofucio, y no me regañe que el alcohol no me entiende pero me comprende.

–No don cigarra, jamás cabrá en mí semejante estolidez. Los borrachos no hacen sino anunciar un mundo nuevo al sumirse en el arcaico.

–Ah, jijo: a ver, explíqueme eso.

Buhofucio se limpia la grasa en su mandil. Destapa dos latas de cerveza y tras dar un largo trago, suelta:

–Mire cigarra, los borrachos son soñadores, la mayoría al menos, sólo que no supieron soñar. El mundo real los aplastó, o como en el caso de los tepo-rochos, ellos se tumban en el suelo para aplastar al mundo real.

–¿Está usted diciendo que los borrachos somos unos fracasados?

–Efectivamente, y el fracaso no es malo. Sólo fracasan los atrevidos, los soñadores o los inteligentemente torpes. Yo quisiera fracasar.

–Pero si usted, perdóneme, es un profesor mal pagado. ¡Mírese! Vendiendo pancita.

–Pues por eso, yo aquí estoy muy a gusto, tengo alumnos, les enseño lo que puedo y lo que se dejan. Y los domingos heme aquí, feliz, platicando con gente como usted, pero no me he abandonado. Es alcohólico se ha abandonado porque no hay respuesta a sus preguntas, o al menos, no la ha visto y como un buzo se sumerge a buscarla en el alcohol. Porque el alcohol además es una forma de navegar en el subconsciente, en los deseos. ¿Ve usted a esa mariposa?

–Ah, por supuesto, es hermosa.

–Pues ya ve, la deseo como usted deseaba hace unos momentos su birria picosa.

–¿Usted don Buhofucio? Si es tan tranquilo.

–Ahí lo tiene; necesito alcohol para que el deseo me brinque a los ojos y me brinque las piernas, sólo así me olvidaría de todo y llegaría hasta ella con mil disparates.

–Pues ya me convenció don Buhofucio, échese un trago de mi tequila y vamos trabajando con las mariposas esas. ¡Salud!

En el cielo, al sol le pesó ser el astro rey, vio a don Buhofucio y don Cigarra acercarse a las chicas. Cómo se le antojó una buena cerveza y un buen trago de ron. ■